

**IMAGINEMOS...
DOS MUNDOS PARA LAGOS***

Arturo Fontaine Talavera

Mi intención primera era hablar sin papel. Pero mi querido amigo y distinguido Consejero del CEP, Enrique Barros, me aconsejó en un tono que a mi entender no admitía réplica, presentarme ante ustedes esta mañana con un texto escrito. Me aboqué a la tarea ayer por la tarde y a poco andar sucedió que lo que escribía se me ponía rojo. No había modo de evitarlo: un virus se había infiltrado en mi computador. Intenté por supuesto borrar estas líneas, pero el rojo es sumamente difícil de borrar. Surgieron de repente rectas que atravesaban mis letras como flechas, mientras yo seguía hecho un enloquecido tratando de borrar el rojo. Se sucedían derrumbes, traslados, invasiones de jeroglíficos de idiomas desconocidos, incrustaciones súbitas de textos antiguos. No estoy seguro de saber exactamente qué les voy a leer hoy. Pido excusas. Es posible que alguna parte la haya escrito este inquieto virus verborreico...

ARTURO FONTAINE T. Licenciado en Filosofía, Universidad de Chile. M. Phil. y M. A. en Filosofía, Columbia University. Profesor de la Universidad Católica de Chile. Director del Centro de Estudios Públicos.

*Las palabras del director del Centro de Estudios Públicos al Presidente de la República Ricardo Lagos, durante la reunión privada que tuvo lugar en el CEP el viernes 25 de mayo de 2001.

Incertidumbre y desconfianza

Su discurso del lunes, Presidente, tuvo un efecto apaciguador que tonificó nuestro estado de ánimo*. Sus palabras produjeron este resultado por lo que se dijo, por lo que no se dijo y, en especial, por el tono. En un momento particularmente significativo usted hizo un llamado a “despolitizar el debate económico. Nuestras energías son escasas”, afirmó, “ y no podemos perderlas en recriminaciones y debates improductivos”.

Hace poco más de un año, cuando usted estuvo en esta misma sala con este mismo grupo de empresarios, había mucho optimismo. Hoy la situación es distinta. Diversos factores adversos —algunos importantes, de origen externo, pero también otros de origen interno— explican el cambio. Diría que hoy hay más incertidumbre y menor confianza en el futuro. El país cada cierto número de años cae en estos estados de aguda inseguridad. La historia del siglo veinte lo muestra una y otra vez.

La falta de confianza en sus instituciones públicas y privadas, y en las personas como tales, es un rasgo característico de las sociedades latinoamericanas. Lo muestran varios estudios, entre otros uno del *Wall Street Journal* realizado en 1998. Los latinoamericanos vivimos en un estado de desconfianza generalizada. Sospecho que si el estudio se replicara hoy, dado lo que está sucediendo en Perú, en Venezuela, en Colombia, en Argentina... la desconfianza sería mayor. Los acontecimientos recientes validan esa desconfianza popular.

La edificación de la confianza no es un proceso fácil ni súbito. No es, por cierto, un movimiento rectilíneo. Por el contrario, hay avances y recaídas. La experiencia de la transición chilena a la democracia lo demostró ampliamente.

En buena medida, el asunto depende de la capacidad que tengamos los unos y los otros de imaginarnos lo que es ser el otro y de actuar en consecuencia. Ponernos en el lugar del otro debiera llevarnos a adoptar conductas, hacer proposiciones e implementar políticas que se inspiren en el sentido de reciprocidad. John Rawls sostiene que la idea de reciprocidad está a la base de un orden social justo. En él las personas buscan su bien comprendiendo que los demás son libres e iguales a nosotros en cuanto personas, también persiguen su bien con legítimo derecho, y es factible lograr acuerdos de beneficio mutuo. Las instituciones de la democracia y del libre mercado se vuelven imposibles si falla esta confianza.

¿Qué tipo de expectativas podrían explicar hoy la desconfianza de los que, confiésenlo o no, dudan, postergan decisiones de inversión, vacilan y se quedan a la espera?

* Se refiere al discurso presidencial de 21 de mayo de 2001. (N. del E.)

El mundo negativo

Imaginemos un escenario futuro negativo para los próximos años. Es sólo un mundo posible. Cómo podría ser ese mundo.

La situación económica externa no mejora de una manera dramática. Pensemos que tampoco empeora. Pero no hay la disponibilidad de recursos externos que hubo durante buena parte de la década anterior. Las políticas macroeconómicas son muy acertadas, pero el área social funciona en otra cuerda. La búsqueda de la equidad se canaliza a través de mecanismos cada vez menos competitivos y excluyentes de la administración privada.

Al interior de la Concertación se intensifican las críticas y las tensiones internas. No hay una dirección política concertada. Los logros socioeconómicos de los gobiernos de la propia Concertación no interesan, no son apreciados por la dirigencia. Los gremios más poderosos —los médicos, los profesores, los transportistas— intensifican sus presiones sectoriales. A los políticos de la Concertación les resulta más ventajoso ponerse de su parte o hacerse a un lado que apoyar al Presidente.

Las iniciativas legislativas se demoran más y más. Las reformas constitucionales se truncan. El proyecto de reforma laboral se endurece, esto es, termina encareciendo y volviendo más riesgosa la contratación de personal. Por ende, perjudica el empleo. Las reformas de la salud, por ejemplo, se traducen en un impuesto que gibariza la salud privada transformando la pertenencia a una Isapre en un signo de status, en un privilegio inaccesible para las capas medias. Entre tanto el sistema público mantiene los niveles de eficiencia (o más bien ineficiencia) actuales. (Desde luego, en este mundo sólo posible el gremio médico no queda satisfecho porque el aporte fiscal le parece vergonzosamente insuficiente...). La reforma del Estado se convierte en un conjunto de pequeñas iniciativas positivas, pero, en el fondo, de carácter menor. La ANEF hace inviable algo más ambicioso. En educación —por razones de “equidad”— se elimina o hace inoperante el financiamiento compartido: hoy representa un 23% de la subvención que añaden a ella los padres del 70% de los alumnos de la educación básica subvencionada. Para los padres, poder mejorar la educación de sus hijos con dinero que sale de sus bolsillos pasa a ser de nuevo un privilegio inaccesible para las clases medias. No hay nuevas privatizaciones. No se abren de verdad nuevos espacios para la inversión privada. Las excepciones —reforma del mercado de capitales y concesiones en el campo de la infraestructura— no logran modificar la situación. Son grandes estrellas solitarias.

En la Araucanía se reafirma el camino de las tomas como manera de obtener tierras, subsidios y peso político. Se restablece la violencia en los campos. El derecho de propiedad se renegocia bajo presión. (Paréntesis: He estado enseñando Maquiavelo en la Universidad este semestre y se me hace difícil por estos días imaginar la política sino a través suyo. No podré dejar de hacer varias alusiones a Maquiavelo. Aquí va la primera: según Maquiavelo, la reforma agraria dividió Roma hasta el punto de destruir la república. A ella se habría debido el caudillismo de César, la ruptura del orden republicano, su asesinato y, en definitiva, el poder de César Augusto. Hasta ahí el alcance a Maquiavelo.) La cuestión mapuche se instala como un proyecto étnico con algunas connotaciones autonómicas y el consiguiente deterioro de la inversión forestal.

Claro, el país crece, pero modestamente. La situación económica de los pobres no habrá podido entonces acercarse a las tasas de crecimiento que caracterizaron al período 1987-1998, casi todos esos años, años de gobierno de la Concertación. (La extrema pobreza cayó en este período del 16.8% al 5.6% y la línea de pobreza cayó de un 44.8% a al 22.2%. Son datos de la encuesta CASEN).

El desempleo en este mundo posible es alto. La desigualdad de ingresos no mejora. Más bien, debido justamente al prolongado desempleo, empeora algo. El gobierno no parece haber logrado mayor equidad.

En lo político la Concertación se ve cada vez más dividida. Un ala, en pacto con el PC, se hace maximalista. Pero no es un maximalismo ideológico sino más bien corporativo. El grueso de la DC se siente desafecta y cree que le conviene electoralmente tomar distancia del Presidente.

Por su parte, la oposición entiende que le conviene que el gobierno fracase. Se divide en dos grupos de estrategias disímiles pero convergentes. Por un lado, los duros: le niegan al gobierno la sal y el agua. Oposición frontal desde el Congreso, los medios de comunicación... Lo bueno se ignora o minimiza. Las diferencias al interior de la Concertación se magnifican. Se dispara el bulto. Pasiones panfletarias. Por otro lado, el candidato Joaquín Lavín cultiva un populismo suave, de tono menor, llano y talento mediático. Evita hábilmente los conflictos, refuerza su "cosismo", fija su posición sobre materias laborales y de salud, por ejemplo, en función de las encuestas. Es decir, en política no lidera a la gente sino que sigue él a la gente.

En medio de esta situación el Presidente intenta mediar y negociar. ¿Qué otra cosa puede hacer? Pero las transacciones son lentas y costosas. En este mundo cualquiera que intente un rol arbitral o moderador es un ingenuo o un traidor. Los argumentos se hunden en el pantano de las suspi-

acias. Priman las interpretaciones tendenciosas. En este mundo la política de La Moneda es percibida como irresoluta y zigzagueante.

Está ocurriendo lo que Maquiavelo —que era un republicano resuelto— sostenía era uno de los peligros mayores de la república: la indefinición. Se ha producido un vacío de poder. La política ambigua, vacilante, tiene el efecto que Maquiavelo atribuía a la neutralidad: ni derrota enemigos ni gana amigos. Y ese terreno de la irresolución insensiblemente se vuelve una pendiente que conduce, según Maquiavelo, a males peores que los que se quería evitar, es decir, el resultado es la polarización.

Al término del gobierno la Concertación ha muerto. Han renacido los tres tercios. Pero uno de ellos —la izquierda— está profundamente dividido y carece de un proyecto común. Gana, posiblemente, Joaquín Lavín. La izquierda se une a los mismos grupos de presión que más le dificultaron el gobierno al Presidente Lagos: médicos, profesores, empleados públicos, estudiantes. La presión sindical se intensifica. Las relaciones laborales al interior de la empresa son ahora agrias e incómodas... En fin, el país ha entrado en la espiral de la demagogia y del juego de suma cero.

La oposición le niega al gobierno la sal y el agua. Las personas pasan a ser vistas principalmente como miembros o representantes de algún colectivo: su clase, su gremio, su facción. La sociedad no espera nada de sus elites sino conflicto. No hay confianza. No puede haberla. ¿Vuelven las ideologías radicalizadas? No. Salvo el ecologismo fundamentalista y el etnonacionalismo, que parecen ser las únicas ideologías vigentes. Lo que ocupa su lugar es la corrupción —el saqueo del Estado— y la delincuencia en sus diversos grados. Son sustitutos mezquinos, acordes con el hedonismo vulgar de estos tiempos.

El mundo positivo

Por cierto, éste es sólo un mundo posible, sólo un mundo imaginario. Un mundo que no queremos y que podemos evitar. Hacerlo supone sacrificios.

Supone, antes que nada, comprender que nuestras propuestas e intenciones y proyectos deben ganarse un lugar en un mundo de personas libres que, como nosotros, tienen su propia historia, sus propias heridas y cicatrices, sus propios proyectos de vida en sociedad.

Imagino este mundo posible de signo positivo como sustentado en un cierto terreno común. Para los efectos de la conversación de esta mañana, centrada en la estrategia de desarrollo, me atrevo a sugerir que de lo que se trata es de hacer tres o cuatro reconocimientos fundamentales:

Primero, un reconocimiento histórico. Nos une una historia que nos divide. Pero la república ha resurgido de la experiencia de los efectos de esa división. Y eso da fuerza y vitalidad a nuestras instituciones civiles y democráticas.

Lo que no puede borrarse de nuestra memoria nunca más es el “no” a la violencia como medio de acción política. Lo que no debe borrarse nunca más de nuestra memoria colectiva ni de la de nuestros hijos es que la prédica de la violencia como procedimiento de acceso al poder, y la violencia como medio de presión política, la violencia como práctica desde el ejercicio del poder están estrechamente vinculadas entre sí cualquiera sea el bando que en definitiva se haga del poder. Que ese poder tiende a cometer graves arbitrariedades, no es controlable y manipula la confianza de sus propios partidarios. Que sus abusos y crímenes causan sufrimientos indecibles y sumamente duraderos. Que su cura, como estamos experimentando después de múltiples iniciativas y vicisitudes, es difícil, incierta y dolorosa. Que por consiguiente, es necesario que el régimen democrático tome medidas severas y ejemplarizadoras para hacer respetar las leyes y castigar—aunque se tratara de mapuches, aunque se tratara de empresarios o de uniformados poderosos, aunque se tratara de quien fuera— los intentos que se hagan por sobrepasar la ley y legitimar el uso de la violencia como medio de presión.

Segundo, que Chile es un país desigual. Es el reconocimiento de una situación que no es razonable ni poner en duda ni omitir. Consideremos, por ejemplo, la razón entre el quintil de ingresos más alto y el más bajo de algunos países. (Son datos del Banco Mundial): en España es 6; en Corea del Sur es 5.2; en Turquía es 8.2; en Uruguay es 9; en Estados Unidos es 9.3; en Chile es 15.5%. Le supera, por ejemplo, Brasil, con 25.

Desaprovechando la inteligencia

Pero tal vez esta sea una manera demasiado abstracta de mirar el asunto. Consideremos los puntajes de la Prueba de Aptitud Académica de la promoción de este año 2001 y examinemos los promedios por establecimiento educacional. Sabemos que la Universidad Católica y la Universidad de Chile son las dos más demandadas por los mejores estudiantes del país. Ambas sólo admiten alumnos con más de 600 puntos ponderados. Rindieron la Prueba de Aptitud Académica 75.520 jóvenes. Hubo 185 establecimientos cuyo promedio fue 600,81 puntos o más en esta prueba. De ellos sólo 12 son establecimientos subvencionados o municipales y representan a

2.070 alumnos. Todos los demás son particulares pagados y representan a 10.322 alumnos. Esto significa que aproximadamente sólo un 20% proviene de colegios subvencionados y liceos. Estos son promedios.

Si considera ahora los datos efectivos de ingreso individual de la Universidad Católica, uno se encuentra con que entre el año 1996 y el 2001 nunca hubo más de un 35% de alumnos aceptados que estudió en la educación subvencionada o municipal. Los demás se graduaron en colegios pagados.

Y ocurre que en Chile el 89% de los estudiantes se educan en establecimientos subvencionados o municipales. Esto es, el 89% no logra preparar a más de un 35% y el 11% se queda con un 65% a 69% de las plazas. Creo que esto da una idea de la baja probabilidad que tiene un joven de la educación subvencionada o municipal de llegar a tener una educación superior de primer nivel. Me refiero a un problema de logro académico, en este caso; no de falta de recursos para pagar su educación.

¿Cómo quedarse tranquilo con un horizonte de posibilidades desde la partida tan desigual? ¿Alguien estaría en condiciones de defender una situación así o de sostener que no debe inquietarnos, que da lo mismo? El asunto tiene desde luego una dimensión ética. Pero tiene, enseguida, una dimensión económica. La inteligencia se distribuye estadísticamente a lo largo y ancho de la población. Por consiguiente, estos resultados tan cargados indican que el país está desaprovechando gravemente la posibilidad de formar de manera adecuada la inteligencia de la mayor parte de su población.

En efecto, es lo que muestran los análisis de los resultados del TIMSS realizados aquí en nuestro Centro. En estos exámenes internacionales, en matemáticas, por ejemplo, Chile es uno de los países que tiene el peor resultado relativo de los alumnos provenientes de hogares con pocos recursos educacionales. En cambio, en Hong Kong, en esa misma prueba de matemáticas, el rendimiento del alumno promedio que proviene de un hogar de bajos recursos educacionales es equivalente en un 92,5% al de un alumno que proviene de un hogar de altos recursos educacionales. Lo que esto demuestra es que en Hong Kong el sistema educacional logra en gran medida educar y paliar la incultura del hogar del niño y nuestro sistema educacional, en cambio, no tiene esa misma capacidad.

No hay duda de que cualquiera que se tome en serio la tarea de corregir la desigualdad de ingresos debe, por encima de todo, preocuparse de la educación. Esto ya lo decía en Chile Courcelle-Seneuil a mediados del siglo diecinueve. Y sin embargo la nuestra es sumamente deficiente. Es deficiente respecto de todos, incluso de los grupos que pueden pagar los mejores colegios. En matemáticas el 5% mejor de nuestros estudiantes

serían estudiantes promedio en Eslovaquia o Bélgica y estarían no más allá del 25% peor de Singapur o Corea del Sur.

Los exámenes internacionales demuestran que la eficiencia en materia educacional no tiene que ver con la propiedad estatal o privada de los colegios. De hecho, los países con los mejores resultados tienden a tener sistemas estatales. Es el caso de los países asiáticos como Singapur, Corea, Japón y otros, o Eslovaquia, Hungría y Rusia, por ejemplo. Estados Unidos, que tiene un porcentaje mayor privado, queda por debajo de Malasia, de Bulgaria...

Con todo, a mi juicio, en Chile hay que robustecer los mecanismos del subsidio por estudiante tanto para las escuelas municipales como para las particulares. Primero, porque ha demostrado ser un buen sistema para aumentar la asistencia a clases. El colegio tiene un incentivo para hacer que los alumnos se presenten, pues de lo contrario empieza a perder dinero. Segundo, por una razón de tolerancia y pluralismo. Nuestra sociedad desde el siglo diecinueve luchó buscando formas de coexistencia entre la educación laica y la religiosa. El sistema del subsidio por niño es una manera razonable de zanjar esta disputa y asignar los recursos. Tercero, porque el sistema acerca el colegio a los padres y en cuanto al logro de resultados les da un arma —retirar a sus hijos— y eso castiga económicamente a la institución. Y, cuarto, porque nuestras encuestas indican que cerca del 60% prefiere un colegio particular subvencionado a uno municipal. Y eso un político debiera tomarlo en cuenta. Por cierto, sería conveniente diferenciar el bono a favor de las escuelas más pobres: necesitan mejores profesores y más recursos.

Los estudios del CEP sugieren, basados en la evidencia internacional, que es conveniente introducir exámenes externos de los que dependa, en parte al menos, la aprobación del estudiante. Los países con buenos resultados tienen exámenes nacionales. En Chile de algún modo los hubo para la educación particular hasta fines de la década de los sesenta. Los examinadores externos hacen del profesor una especie de entrenador de sus alumnos y le permite a él, a sus colegas, a su director y a los padres, evaluar su desempeño. Los resultados de los que depende la aprobación son la información más valiosa, objetiva y relevante que puede dársele a los padres. El gobierno del Presidente Bush se está moviendo en esta dirección, después de esta experiencia del estado de Texas.

En materia de métodos pedagógicos nuestra recomendación es simple: salvo excepciones, evitar la influencia excesiva de los pedagogos de Estados Unidos que han demostrado poco sentido común, afición a gastar, y producido malos resultados. Apoyarse, más bien, en la experiencia peda-

gógica de Corea del Sur, de Singapur o incluso de Cuba que ha obtenido en pruebas internacionales los mejores resultados de América Latina.

En Chile si hay una experiencia que imitar es la del Instituto Nacional que año tras año es el establecimiento que más estudiantes coloca tanto en la Universidad de Chile como en la Universidad Católica, y cuyos alumnos logran excelente rendimiento en esas universidades. El “Nacional” es la institución educacional más exitosa de Chile. Su promedio en las pruebas de ingreso a la universidad se compara favorablemente con la gran mayoría de los mejores colegios particulares pagados. De él depende hoy por hoy la movilidad social desde las clases medias y bajas hasta la elite. Es el conducto, casi no hay otro. ¿Por qué no podría haber en Chile diez Institutos Nacionales en lugar de uno? ¿Por qué otros liceos de excelencia no habrían de poder seleccionar a los alumnos en base a su talento y rendimiento como lo hace el Instituto Nacional? Pero, en general, a los expertos que rodean y cercan a los ministros de educación no les parece que haya nada que aprender pedagógicamente de esa experiencia.

La receta es crecer

El tercer y último reconocimiento parece más obvio. Para corregir desigualdades y mejorar la movilidad social, para poder destinar más recursos a la educación y a la salud de los más pobres, hay que lograr que la economía crezca y rápido. Sabemos que ello supone mercados abiertos y competitivos que abran nuevos espacios a la creación empresarial. Y algunas políticas económicas más, que, más o menos, todos aquí sabemos cuáles son. (En el libro *¿Qué Hacer Ahora?** se hacen propuestas respecto de política tributaria, política antimonopólica, banca, política laboral, medio ambiente, salud, educación, en fin).

El país, cuando ha crecido, ha logrado mejorar la condición relativa de los pobres de manera significativa. Esto no se ha subrayado lo suficiente. Así, por ejemplo, según la encuesta de presupuestos familiares del INE, el consumo de los hogares del quintil más pobre creció entre los años 88-89 y el 96-97 un 114%, lo que representa un 8.7% anual. Durante el mismo período el consumo de los hogares del quintil más rico aumentó un 68%, lo que implica un 5.9% anual. Insisto: son los años de la Concertación. ¿Cuántos dirigentes de la Concertación saben esto? Y si lo saben, ¿por qué no lo dicen?

* Se refiere al libro editado por Harald Beyer y Rodrigo Vergara, *¿Qué Hacer Ahora? Propuestas para el Desarrollo* (Santiago: Centro de Estudios Públicos, 2001). (N. del E.)

Oposición razonable

Por otro lado, se requiere un reconocimiento por parte de la dirigencia de la oposición. En lugar de apostar a la confrontación es mejor adoptar una actitud de oposición razonable, objetiva y, en alguna medida, cooperativa. Hay divergencias pero, también buena fe. En otras palabras, que se hace oposición pero no a costa del país, no a costa de la verdad. Eso supone líderes lo suficientemente maduros como para reconocer que si al gobierno le va bien, sus posibilidades electorales no necesariamente disminuyen, que hay ciclos en política y que tarde o temprano los países exigen un cambio de equipos gobernantes y le toca entonces a la oposición. ¿Cómo no va a ser mejor heredar un país en orden y con la economía en marcha? Hasta es posible cosechar beneficios debidos a buenas políticas del régimen anterior. Ubicarse en una posición equilibrada y constructiva quizás sea no sólo bueno para el país sino que para los intereses electorales del político opositor. Es lo que pareciera estar haciendo por estos días Joaquín Lavín. Y las encuestas indican que eso le favorece.

Cuando todo esto ocurre y las elites pierden el espíritu confrontacional y buscan, más bien, el entendimiento, se echan las bases de una sociedad estable. Las diferencias se encarar con serenidad, estilo analítico, preocupación por lo concreto y buena voluntad. Se revalorizan los argumentos, la información verídica y los estudios técnicos. Entonces sí se puede, por ejemplo, modernizar el Estado con visión de largo plazo. Hay predictibilidad y expectativas de comportamientos y decisiones sensatas. Ha renacido la confianza. El Presidente Lagos, entonces, no sólo hace un gran gobierno, sino que, gane o pierda la Concertación las próximas elecciones presidenciales, deja un legado histórico y un horizonte perdurable para la izquierda chilena.

El mayor problema para lograr que este mundo posible sea el actual es político. Hay resistencias aquí y allá, intereses pecuniarios y de poder, prejuicios, historias heridas, miedos, facciones, cicatrices, recelos. Y, claro, no se puede gobernar en democracia fuera de los márgenes de lo aceptable. Pero en la tradición republicana un líder se prueba, justamente, cuando hace aceptable lo que parecía antes de él inaceptable. Estoy seguro que es lo que el país espera de usted, Presidente.